

La mirada de María

1. El manejo del tiempo en la liturgia de la Iglesia es bastante libre, casi diríamos que *elástico*. Como se trata de conectar con los grandes misterios de nuestra salvación y eso roza la eternidad de Dios, no tiene ningún reparo en condensar varios años en unos pocos días o, por el contrario, alargar un día durante toda una semana, como ocurre con la Navidad y la Pascua.

La celebración de hoy es como una continuación de la Navidad. Es como si los ocho días de la Octava, se condensaran en unos pocos minutos y ahora continuáramos la narración exactamente donde la dejamos la semana pasada. Los pastores reciben la gran noticia. Se llenan de emoción y corren a toda velocidad en busca del Niño, al que encuentran con María y José, envuelto en pañales y recostado en el pesebre.

Y nosotros no sabemos qué admirar más, si al Niño que es verdadero Dios y verdadero Hombre y se ha encarnado por nuestra salvación; o a su preciosa madre que lo contempla embelesada.

La fe nos recuerda, especialmente en esta celebración, que la Palabra eterna de Dios, que vivía en Él desde toda la eternidad, se ha querido hacer hombre y vivir entre nosotros. Y que semejante acontecimiento ocurrió en las purísimas entrañas de una mujer hebrea llamada María. Cuando ella dijo que sí, cuando pronunció su *fiat* (hágase), nueve meses antes de la Navidad, a la naturaleza divina se unió una naturaleza humana en la única persona de Jesucristo. Y el Hijo de Dios, empezó a ser en ese instante, plenamente, Hijo del hombre.

Por eso, con toda propiedad, ***podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios***¹. Ojalá lo tuviéramos presente, por ejemplo, al decir, en la segunda parte del Ave María: *santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...*

2. Precisamente porque fue escogida para ser la Madre de Dios, el Señor la quiso embellecer con toda clase de perfecciones y privilegios. Fue concebida inmaculada desde el seno de su madre, santa Ana; fue llena de gracia, fue siempre virgen y subió a los Cielos en cuerpo y alma, sin conocer la corrupción.

Por todo esto, ha sido una maravillosa intuición que la última reforma litúrgica haya querido que el año nuevo comience justamente con esta celebración. ¡Qué mejor modo de empezar el año que de la mano de nuestra Madre del Cielo! Y, considerando, además, su más alta prerrogativa, su Maternidad divina.

¹ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 274.

3. Ella es, por tanto, *Madre de Dios*, de aquel por el que *todas las cosas vinieron a la existencia y sin el cual nada empezó de cuanto existe*². Pero, no lo olvidemos, es también *Madre nuestra*. Y con ella podemos todos nosotros acometer los desafíos de este Año Nuevo. Un año en el que, como siempre, se presentarán luces y sombras, oportunidades y preocupaciones, alegrías y penas.

Hoy ponemos en las manos de Dios estos próximos doce meses, sabiendo que de una forma o de otra, sea lo que sea lo que Dios tenga dispuesto que ocurra, nos irá siempre mejor si no nos soltamos de la mano de la Virgen María.

4. La mayor parte de los innumerables cuadros que se han pintado con la escena de la Navidad, nos presentan a María con la mirada fija en la cuna donde está el Niño. O, en muchos otros, con su hijo en brazos besándolo o alimentándolo con su pecho, con la ternura que solo las madre pueden poner. Pero en algunos lienzos, también se presenta otra opción. María, abrazando al Niño a la vez que alza sus ojos y mira dulcemente al que observa el cuadro. Es decir, a cada uno de nosotros. Y nos invita con esa mirada a acercarnos con cariño y humildad a su hijo. Nos invita a recibirlo en nuestras vidas.

Esa es la propuesta que yo les quisiera hacer hoy, queridos hermanos. Recibir de María a Jesús en nuestros corazones, para que con su ayuda tengamos la fortaleza necesaria para acometer lo que nos depare la Providencia en el Nuevo Año. Confianza en Dios, pues, y también mucho trabajo. Ya que no se trata de asumir actitudes milagreras o irresponsables. Recuerdo que ante determinadas situaciones difíciles de la vida, san Josemaría recomendaba a sus hijos *poner los medios sobrenaturales, como si no existieran los humanos; y, al revés: los medios humanos, como si no existieran los sobrenaturales*. Es una buena fórmula que nos podrá ayudar en este comienzo de año. Que Dios los bendiga a todos.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 1 de enero de 2019.

² Juan 1, 2.